

A La Caza Alcance

Mientras camino, sin duda caminar se me da bien, voy pensando que los observadores, al igual que los longevos o los niños prodigio, estamos tocados por un don escaso, raramente concedido. Por lo demás no albergo pensamientos extraños. Soy un tipo normal. Tengo un profundo afecto por mi trabajo y lo desempeño con la diligencia que de mí se espera. Llevo años haciéndolo aquí, en Radnice, la calle más frecuentada de una Praga donde, tras el último sondeo, hay censados unos quince mil escritores kafkianos y otros tantos aspirantes a serlo.

En efecto su existencia es numerosa. Requiere múltiples atenciones. Abundan tanto que en verano causan severos trastornos en la circulación pues acostumbran, por ejemplo, a lanzarse bajo las ruedas de los coches en los cruces más concurridos. Sólo hay que fijarse un poco para advertir el notorio cambio arquitectónico de la ciudad tras su irrefrenable propagación. Desconozco la existencia de torre, mirador o rascacielos que no cuente con una amplia malla protectora cuyo fin convierta en imposible el salto de aquellos que como ellos sienten la necesidad de arrojarse al vacío. En efecto a todos los kafkianos les acomete el impulso de dar el paso, pero mientras van fraguando el instinto llevan en la ciudad una existencia de bohemios y eremitas, dejando a su paso un rastro de deudas y piojos en los cafés que frecuentan. Aquellos que remontan el anonimato preñan los escaparates de las librerías con sus detestables novelas, lo cual, todo sea dicho, no revestiría mayor importancia, lo realmente molesto es el hecho de que siempre terminan elevando a la prefectura instancias en las que ruegan, con su proclive

pesimismo, subsidios de periodo indefinido ante su manifiesta incapacidad para vivir una vida normal.

Los kafkianos – todo el mundo lo sabe- son seres aislados que viven a contrapelo. Niegan cualquier contacto con la realidad y su comportamiento frente al resto de los mortales es obstinadamente terco, adopta la misma resistencia que ofrece el aceite frente al agua.

A quince kilómetros de la ciudad, junto a un abismo rocoso que favorece el discreto suicidio de los casos más agudos, se yergue la clínica de exterminio y desintoxicación para la que trabajo. Allí confinamos a los cuadros más severos, kafkianos ambulantes, incapacitados para la vida, miembros dispersos de la manada que terminan estrellados – es cuestión de tiempo que lo hagan - contra el cercado de la normalidad.

Mi tarea es frenar su inagotable multiplicación, imponer el orden en las calles de esta fatigada Praga y dejarla huérfana de kafkianos, desterrarlos de la vida urbana antes de que se conviertan en insectos, en sombras, en la más absoluta e incómoda nada.

Muy a menudo los inspectores organizamos batidas en las que evacuamos a los kafkianos de las calles. Actualmente obramos con absoluta discreción. Hace tiempo fueron suspendidas las detenciones nocturnas que comprometían el sueño de nuestros respetables ciudadanos. Sobra decir que soy experto en la detección de kafkianos, que estoy tocado por un don escaso, raramente concedido.

Ahora mismo son las 3 de la tarde. Largas nubes se congregan en el horizonte. Camino por Radnice como de costumbre y celebro en silencio que el día se vaya sin notorias incidencias. La calle está dispuesta a mis pies, la recorro sin demora, entre las aguas remansadas de la muchedumbre que transita por las aceras. Enrocados en las puertas de sus negocios los tenderos muestran a la intemperie sus mercancías. Todo transpira una armonía incontestable aunque a estas horas la calle muestra bastante animación y los

transeúntes caminan apurados, camino de sus asuntos. Pasan dos jóvenes bellísimas, aventurando las mujeres que llegarán a ser, y en las macetas del vecindario se marchitan las últimas flores del verano con su fúnebre obediencia. También hay un rumor plomizo en el ambiente. El aire se muestra estancado sobre las copas de los árboles y todo aventura a tormenta. Raro este último viernes de un Octubre primaveral que se resiste a mudar sus galas de verano. Raro, en cualquier caso, el tipo que camina ligeramente inclinado junto a mí. El desconocido arrastra los pies y cabecea. El ritmo de sus pasos parece dictarle al mismo tiempo una ridícula gimnasia cervical que recuerda a los pasos de un baile. Aspecto cadavérico, mirada ambulante, el sospechoso gira sobre sus pasos y congrega su mirada en un sucio papel del suelo. Parece inclinarse para recogerlo pero de improviso duda, parece confuso, acto seguido se yergue, como si una voz interior lo hubiera ordenado, echa a andar de nuevo. La brisa de poniente dibuja una cresta en sus cabellos cuando, olvidándose del papel, remonta Radnice con premura, casi corriendo, como queriendo escaparse del aire que deja atrás.

Yo lo sigo, a cierta distancia, mientras aguardo el momento más oportuno para abordarlo. Sin duda la indumentaria corporativa de los kafkianos favorece mis diagnósticos y aunque algunos se disfracen de turistas e intenten camuflarse en el curso de la muchedumbre suelo fiarme de de mis impresiones cuando, por mucha ridícula bermuda o gorra deportiva, los veo caminar por la calle con su acostumbrado abatimiento, encerrados eternamente en una burbuja de pánico. En el porte de mi perseguido se congregan todos los indicios para hacerme sospechar que se trata de uno de ellos. Pulcra levita negra, zapatos con tacón lamido, y ese modo de caminar ligeramente inclinado, como si tuviera una vergonzosa manzana incrustada en su espalda.

Hago una pausa en mi persecución. De repente el individuo parece darle una tregua a mi persecución y disminuye el ritmo de su zancada. Se detiene frente al escaparate de una librería.

Yo avanzo con calma, sorteando a la muchedumbre y pegado a la pared, ahora lo hago sin prisas. Pronto lo tengo a mi lado, codo con codo, cuando me sitúo junto a él veo que hunde su mirada en el escaparate, parece sumido en un trance grave y silencioso. De improviso cae en la cuenta de mi presencia y me observa, mostrándome una mirada vacía y suplicante que no defrauda mis impresiones. Noto cierto aire fraternal en sus ojos, pues yo también visto con levita negra y finjo llevar una manzana incrustada en el lomo. Decido hablarlo.

Las ciudades son libros ¿no cree? Libros que se leen con los pies.

Digo esto con total convencimiento, sorprendiéndome a mí mismo. Mi diligencia es tan metódica que en ocasiones, frente a mis víctimas, mezclo en mi discurso locura y sensatez para mantenerlos en vilo.

Una frase estupenda, me dice, ¿Es suya?

Lamentablemente no, respondo, y un abismo de silencio irrumpe entre los dos.

Usted caballero, le digo, poco después y a bocajarro, ¿escribe?

No señor mío, contesta, yo trabajo -y me da vergüenza decirlo- en un Tanatorio cercano.

Noto en sus ojos la ausencia de la verdad. Durante un breve periodo de mi vida he trabajado de psicólogo lo cual me familiariza con la mentira. Muchos kafkianos delirantes al verse entre las cuerdas son capaces de citar a Voltaire o al mismísimo Dickens. En los casos más complejos, tras un infructuoso registro en las raquíticas viviendas que habitan, nadie tiene la autoridad para acusar salvo la propia conciencia del kafkiano. Es cuestión de tiempo que mi perseguido deje de abrazarse a la mentira.

Ahora ambos miramos el cielo donde se aprietan largos y plomizos nubarrones. De improviso una aparente hostilidad se apodera de la calle y todo contrae un aspecto sucio y lamentable. Noto en mi presa un espontáneo desasosiego, como si la inclemencia del ambiente también se hubiera apoderado de su hasta ahora animada conversación.

Necesitamos tomar un café, propongo, o la tormenta nos calará.

Mi perseguido zozobra y consulta su reloj. Lo hace descaradamente, con la manifiesta intención de improvisar una excusa que no comprometa la generosidad de mi ofrecimiento, pero acto seguido asiente, como quien asume un merecido castigo o conoce de cerca una verdad irrefutable y echamos a andar hasta el café Dubrosky, a apenas veinte metros de donde estamos.

Extraordinario trabajo el suyo, le digo, consciente de su mentira, junto al mostrador donde ahora sorbe sin apetencia un café con leche. Tengo al alcance de mi vista sus manos, donde hay distribuidas por doquier manchas vistosas y negruzcas, parece que antes de nuestro encuentro hubiera estado estrangulando un tintero. Me digo que son sin duda manos de oficinista kafkiano, pulcras, acaso un tanto temblorosas, de uñas perfectamente guillotizadas y ante todo desconocedoras de un trabajo manual. Es de dominio público, las oficinas de Praga están preñadas de pusilánimes kafkianos que frente al desasosiego de sus escritorios sueñan con una prolongada baja por tuberculosis.

Mi presa asiente tras su reiterada mentira y yo, que me siento animado por el ambiente acogedor del café, digo lo siguiente.

Yo creo que lo extraordinario es el orden natural del mundo, y que la rutina, usted y yo, su interesante trabajo en el tanatorio, no son más que un filtro empleado por la realidad para exponer a nuestros ojos la falsa escasez de lo extraordinario.

Mi víctima me mira con perplejidad. Su rostro se arruga y muestra el gesto preocupado de quien escruta un jeroglífico sin aparente resolución. Con respecto a mis palabras diré que, para envidia y rencor de mis subordinados, soy capaz de emular la metafísica kafkiana con un rigor exquisito para lo acostumbrado en un perro de presa.

¿Es usted uno de esos hombres? , replica contrariado, un kafkiano ¿Cierto?

Naturalmente, contesto con un ademán de complicidad, al igual que usted

Se equivoca, replica, yo soy un pobre diablo que hasta hace unas horas vivía sin preocupaciones. Le confieso ahora que esta mañana acaban de comunicarme el despido.

Nos sirve el camarero dos pastas. Yo rehúso tomar otro café. Me sirve ahora el kafkiano una sonrisa triste y desvalida, semejante a la que ofrecen aquellos que no alcanzan el significado de un chiste. Sé que miente y veo que va a resultarme difícil disuadirlo. Centellean sus ojos cuando, tras un breve silencio, le pregunto si sabe algo acerca de los kafkianos.

Poco, responde, por lo que sé son seres enigmáticos que espantan a los turistas, beben sangre de topo junto al desaparecido sanatorio de Kierling y ayunan mucho, ayunan como esas jovencitas que salen en las portadas de las revistas.

Le ofrezco un gesto de rechazo. Debo fingirme ofendido por su presunta ignorancia y cabeceo. Lo que no puedo negarle a mi víctima es esa magnífica impostura que destila al apropiarse de todas las habladurías que se fraguan en los mentideros de Praga.

Disculpe mi arrojó, dice afectado por mi gesto de desaprobación, no pretendo ofenderle.

En el café dos turistas extenuados y tres mujeres riéndose de nada en un rincón. De improviso cae a plomo el silencio entre mi presa y yo, un silencio tenso, vertical, que se impone y retrata en su gesto cuando, tras rebuscar en los bolsillos de su levita, extrae un cigarrillo y lo prende con parsimonia. Acto seguido se excusa con un ademán y se arrastra por el café camino del cuarto de baño.

Me quedo solo, rumiando mi interrogatorio. Aún es pronto para alertar al servicio de recogida y pienso que al menos necesito más indicios. Me digo que sin duda acabo de darme de bruces con un kafkiano de la vieja escuela, un kafkiano que en realidad me turba y al que no sé si compadecer o admirar acostumbrado como estoy al trato con aquellos descafeinados que, en la soledad de sus raquítricos apartamentos e insatisfechos con sus mediocres escritos, arrojan a la calle abundantes cantidades de papel para fastidio del servicio municipal de limpieza.

Cuando mi víctima regresa propone otro café, lo cual me anticipa que ya está a punto de caer en mis redes. Enciende un segundo cigarrillo. Parece nervioso. Habla entrecortadamente.

La verdad es que estoy solo, dice, sospecho que como usted. Gracias en todo caso por su compañía.

Luego echa una mirada melancólica a la calle donde, sobre el húmedo tapiz del asfalto, los transeúntes pliegan sus paraguas y reanudan el paseo malogrado por la tormenta. El paisaje del exterior, visto desde el café, traspira un movimiento hipnótico a estas horas de la tarde. Zigzaguean los coches dibujando una nube de gas a sus espaldas, pasan camiones, racimos de motos, autobuses festoneados de reclamos publicitarios. Tras el clamor de la tormenta un alud de muchedumbre resucitada vuelve a tomar las calles. Bajo esa inclemencia todo el mundo congregado en las aceras me infunde terribles sospechas.

Miro de nuevo a mi presa. Sigue inmerso en su cigarrillo y apoyándose en sus últimas palabras ejecuta con su cabeza vehementes gestos de aprobación. Intento rescatarlo de su interior y le digo:

La soledad, querido colega, es el punto de no retorno que debemos alcanzar.

Tampoco pica el anzuelo esta vez. Hunde su trágica mirada en el cigarrillo y acecha de soslayo a las mujeres que siguen carcajeando junto al zaguán del mostrador. Debo decir que este gesto suyo es sin duda una inteligente maniobra que enmascara su auténtica condición. Por lo general los kafkianos no se acompañan de mujeres, prefieren asociarse en los mostradores de los cafés con pintores y músicos para charlar de la revolución con un regusto de cenizas en el paladar.

Una de las mujeres, la más escandalosa, se yergue y carcajea mostrando su juego incompleto de dientes frente a la parroquia del café. Bajo la ambigua luz de una lámpara, mientras su mesa corea con palmas el gesto, comienza a entonar una tradicional canción local que habla, cómo no, de los amores imposibles entre Kafka y Milena, de los fantasmas que se interponían entre los dos y su triste desenlace. Es una canción alegre y melancólica que me pone de buen humor.

Parecen felices, digo.

Yo también me río, añade mi presa, pero de su encubierta tristeza.

Era el comentario que necesitaba. Aguarde un momento, le digo, sin mostrarme sorprendido, debo hacer una llamada. Es entonces cuando camino hasta la puerta del café y salgo a la calle. Las aceras destilan un aroma dulzón y la tormenta parece definitivamente extinguida. Amarillea el sol sobre las fachadas y los escaparates. Esta es la armonía que deseo para Praga, me digo, cuando dos individuos con aspecto de funcionarios me agarran sin mediar palabra y me arrastran por el frío y duro pavimento hasta introducirme en el habitáculo de una furgoneta.

No se demore, me invita el individuo que allí dentro me espera, pronto llegaremos a nuestro destino.

La tormenta se ha esfumado definitivamente y la furgoneta deja pasar a raudales la cálida luz del sol. Cómodamente instalados en sus asientos, los funcionarios conversan

y cambian impresiones acerca del equipo de fútbol local. En la charla encuentran que éste pronto remontaría las posiciones bajas de la tabla, por el momento, lo que más contribuye a mejorar la situación, es el reciente fichaje de un futbolista brasileño que tiene en su haber dos copas intercontinentales. Mientras dialogan caen en la cuenta de que yo los escucho en silencio, progresivamente me voy llenando de vida, es una certeza que advierten cuando callan. En silencio, casi entendiéndose con la mirada, siguen callados hasta el final del recorrido. Intuyo una especie de conmiseración en sus rostros cuando al final del viaje surge, majestoso, el edificio de la institución. Los funcionarios confirman sus pronósticos al ver como me pongo de pie el primero y desciendo de un salto la furgoneta. Ya estoy dispuesto, como nunca antes lo había estado, a darme de bruces con la normalidad.

Septiembre 2009

